

SOBRE UNA FEDERACION LATINOAMERICANA DE ANTROPOLOGOS

MIGUEL ACOSTA SAIGNES

En la segunda parte del tomo V de Humanitas, publicado en 1966 y como introducción al mismo, apareció un breve editorial titulado "Hacia la Federación Latinoamericana de Antropólogos", donde su autor, el doctor Antonio Santiana lanzó la idea de la creación de tal Entidad. Muy poco tiempo después, el Prof. Miguel Acosta Saignes, de Venezuela, respondía con otra nota, asimismo breve, pero elocuente como la primera, cuyo contenido damos a conocer.

En un corto editorial del Boletín Ecuatoriano de Antropología, "Humanitas", se ha lanzado la iniciativa de una Federación Latinoamericana de Antropólogos. Bienvenida. Como allí se expone, ¿si existe una Asociación Latinoamericana de Sociología, por qué no constituirla para la Antropología?

Los antropólogos formados en las Escuelas de México, Colombia, Venezuela y otros países, ya en cursos completos, con licenciaturas y doctorados, ya en otros menores, para en-

trenamientos especiales, trabajan dispersos sobre toda el área latinoamericana. ¿Es que carecen de intereses comunes? No lo creemos. El desarrollo histórico de los países latinoamericanos posee numerosas coincidencias: la supervivencia de modos semif feudales en la explotación de la tierra y de los hombres del campo; los regímenes económicos atrasados en coexistencia con formas altamente desarrolladas de economía; el intenso crecimiento demográfico, fruto de las atrasadas condiciones de vida de las grandes masas de nuestros países; los bajísimos ingresos de millones de seres humanos; los problemas concomitantes de la desnutrición y las carencias; el hacinamiento en cinturones de miseria en las grandes ciudades que se industrializan. Esos fenómenos comunes asedian cotidianamente a todos los trabajadores en ciencias sociales que no deseen únicamente anotar estadísticas, realizar encuestas y elaborar conclusiones cansonas hasta el infinito, por bien sabidas y repetidas. Todo sociólogo o antropólogo latinoamericano se pregunta con sobresalto cuáles son los remedios para tanto sufrimiento, para tanto dolor como encontramos a cada paso en nuestros campos y ciudades. Quizá nos sentimos unidos a través de las obras de unos cuantos, como la "Geografía del Hambre" de Josue de Castro. Pero no basta. Deberíamos reunirnos periódicamente, para discutir nuestros problemas ante la situación latinoamericana en lo que tenga de general y la de los diversos países, por su desigual desarrollo.

También deberíamos juntarnos para conversar sobre los lineamientos generales de teoría y práctica de nuestra ciencia que nacen de la experiencia permanente de varios cientos de antropólogos en plena labor.

¿Por qué vivir de la teoría de científicos de otros países y lugares de la tierra cuando nuestra propia experiencia puede conducirnos, sin desconocer ninguna sabiduría, a nuestras propias elaboraciones teóricas y a nuestras propias aplicaciones prácticas? La mayor parte de los jóvenes antropólogos que egresan de las escuelas latinoamericanas de Socio-

logía y Antropología lo hacen cargados con conocimientos especialmente norteamericanos. Algunos especialistas han señalado la tendencia de algunos grupos e individuos a cultivar más bien una forma ecléctica de pensamiento, juntando las concepciones pragmáticas de los vecinos del Norte con las teóricas de los europeos. Esta afirmación no es exacta para la mayoría. Hay gran predominio numérico de quienes van a especializarse en los Estados Unidos. No se trata de repudiar a ese país o a su ciencia. Se trata de que en América Latina no aprovechamos las enseñanzas propias de las ciencias sociales, no analizamos el intenso caudal de experiencias que nos deparan nuestros trabajos, nuestros contactos con indígenas, campesinos, trabajadores de las ciudades. Actuamos como si compartiésemos la idea de Papini de que América no puede dar nada original al mundo, y menos todavía Latinoamérica. Si hablásemos anualmente, si tuviésemos contacto a través de un grupo de hombres dirigentes de una Asociación o Federación, si tuviésemos siquiera una publicación propia, podríamos contribuir al enriquecimiento de la ciencia social del mundo, desde nuestros propios países.

Ciertamente, junto a los sociólogos que trabajan en América Latina, corresponden trabajos específicos a los antropólogos. Vivimos en una inmensa fragua de transculturación; surgen nuevas formas de cultura como resultado de constantes intercambios; desaparecen antiguos grupos indígenas, cuyo conocimiento es invaluable y de los cuales a veces no podemos recoger sino la versión postrera de unos cuantos individuos; sobreviven vigorosamente muchos pueblos cuyo porvenir podría ser el de constituir pequeñas nacionalidades; se reciben oleadas permanentes de inmigración del Viejo Continente; se producen innumerables problemas cuya intensidad podría aminorarse con el dictamen de los antropólogos, es decir, el campo de nuestras labores es ilimitado y extraordinariamente extenso para poder trabajar al ritmo de violentas transformaciones, extinciones y crea-

ciones culturales. Toda la inmensa tarea por realizar puede facilitarse con la coordinación y el intercambio de experiencias y puntos de vista.

En América es posible todavía estudiar antiguas formas de organización social y de cultura acerca de las cuales no pueden recogerse en otros continentes sino restos arqueológicos. Así, los antropólogos pueden enriquecer el conocimiento de la evolución económica, social y cultural, con elementos tomados en el campo y no en las lecturas o en los materiales arqueológicos. Por su parte, los arqueólogos tienen ante sí un campo ilimitado para colaborar con etnólogos y antropólogos físicos. Ahorraríamos muchos años de trabajo disperso si pudiésemos intercambiar nuestros hallazgos, nuestros problemas y nuestras técnicas.

En la última década han llegado a la América Latina impulsos numerosos acerca de planeamiento. No puede marchar ningún propósito de guiar fenómenos sociales sin la cooperación del antropólogo. Sin embargo, los especialistas en antropología suelen ser los más olvidados entre los "ingenieros sociales". La unión de todos podría coadyuvar al conocimiento por parte de otros especialistas, de lo que puede realizarse por quienes cultivan las ciencias antropológicas.

Podríamos todavía añadir un argumento que responde seguramente a preocupaciones de muchos antropólogos en América Latina: ¿cuál es nuestro papel en una sociedad llena de problemas, donde coexisten numerosas estructuras económicas y sociales que en otros lugares del mundo han sido sucesivas? ¿Cuál es el papel del antropólogo en sociedades donde se levantan en forma constante clamores por transformaciones profundas? ¿Han de trabajar los antropólogos como simples recolectores de datos, o han de emprender otras tareas, en el sentido de impulsar las transformaciones urgentes en América Latina? ¿Y si han de impulsar transformaciones, de qué tipo han de ser? Dos poderosas corrientes se dividen el campo frente a las fuerzas conservadoras; la de quienes piensan en la posibilidad de marchar por vía de sim-

ple reformismo de las instituciones y la de quienes claman por alteraciones profundas, revolucionarias, por un cambio definitivo de estructuras.

¿Cuál ha de ser la posición de los antropólogos? ¿Tienen estos algo por decir en pro de una u otra forma de ver? ¿No pueden, por su conocimiento de los mecanismos íntimos de la cultura, contribuir tanto a los diagnósticos de la acción adecuada como en su realización? Todo esto debería discutirse en una Asociación de Antropólogos Latino Americanos.

De otras regiones del mundo viene la tendencia de transformar a los antropólogos de los países latinoamericanos en simples escribientes o amanuenses de la antropología, en recolectores de materiales que han de repetir ancilarmente argumentos y teorías; en simples técnicos limitados, cuyo papel sería el de aportar materiales para que las lúcidas mentes de otras regiones diagnosticasen, pronosticasen y dictaminasen. Los antropólogos latinoamericanos rechazamos tal papel. En las próximas décadas podemos aportar materiales de invalorable valor para las teorías de la especialidad; podemos contribuir con nuestras experiencias a comprender muchos puntos oscuros en la historia y la dinámica de la cultura y de la sociedad; podemos concurrir en igualdad de circunstancias para las grandes controversias acerca de lo que mueve al hombre, acerca de la estructura de las sociedades, acerca del futuro de ellas y podemos, en nuestro ámbito, contribuir a las transformaciones que están siendo impulsadas por fuerzas históricas que es nuestro deber analizar y utilizar en beneficio de los latinoamericanos, o mejor, de los indo-afro-latino-americanos.